

de la corte de Austria. Uno de esos pobres eruditos, que no es de esperar que tengan ya imitadores en Francia, y de los cuales en Italia todavía quedaban algunos, sabios que hallan genealogías á quien las aprecia y las paga, había descubierto que allá por la Edad Media reinaron los Bonapartes en Treviso. Después de haber ordenado el emperador Francisco las oportunas investigaciones, llevaba á su hija y á su yerno el resultado de ellas. Éste se rió de todas veras, salvo el servirse en ciertos momentos del hallazgo: María Luisa añadió este lamedor á su incomparable grandeza, y sus cortesanos pudieron decir que esta familia fué destinada en todos tiempos á reinar sobre las hombres.

Tratada por Napoleón la emperatriz de Austria con atenciones delicadas, lisonjeada de su acogida, celosa á veces de las magnificencias de su hijastra, bien que indemnizada por los mil regalos que recibía cotidianamente, suavizóse mucho, salvo el volver á su habitual denigramiento cuando estuviere en Viena de retorno. Napoleón, que no hubiera cedido el paso á ningún monarca del mundo, cediólo esta vez á su suegro con una deferencia filial del todo, y no cesó de dar el brazo á su suegra con la cortesía más anhelante, hasta el extremo de ufanarse al emperador Francisco del papel que representaba en Dresde, como si la casa de Austria hubiera recuperado con tales procederés algo de lo que había perdido.

Asistióse el primer día al suntuoso banquete dado por el rey de Sajonia, mas después fué Napoleón, cuya servidumbre se hallaba en Dresde, quien reunió á su mesa á los numerosos soberanos llegados á su encuentro, y aun al rey de Sajonia, que en su propia capital parecía recibir hospitalidad en vez de darla. Inmensa multitud llenaba á Dresde, aun habiendo segregado Napoleón y enviado á Posen todo lo militar de su comitiva, hasta á su cuñado Murat, hasta su hermano Jerónimo, despachados uno y otro á sus cuarteles generales. A pesar de la precaución ésta, la afluencia de los príncipes, de sus grandes oficiales, de sus ministros, era extraordinaria. Cuando Napoleón salía á caballo ó en coche, se agolpaba la muchedumbre para verle, y era necesario que los granaderos sajones, únicos que á la sazón le daban la guardia, acudiesen para evitar accidentes. En lo interior de las habitaciones imperiales no era el anhelo menos tumultuoso. Todos se precipitaban á su paso no bien aparecía; tropezábanse unos con otros por ser vistos, por obtener una palabra, una mirada; si acaso se descubría que por demasiada impaciencia se había codeado á un superior, á un primer ministro, quizá á un monarca, se retrocedía con respeto, se alegaban excusas, y se volvía á empezar á correr tras el objeto de todas estas demostraciones. No estaban menos prontos á salir al paso los personajes políticos eminentes, pues al deseo de estar en su presencia, de ser honrados con sus palabras, se juntaban la curiosidad, el interés de adivinar algunas de sus intenciones en el sesgo de sus discursos, lo cual no impedía que, cuando se estaba fuera del tumulto, y se creía no haber cerca ni oídos indiscretos, ni bocas infieles, se preguntara si aquella escena deslumbradora no se hallaba próxima á un trágico desenlace, si en las distancias y los hielos que iba á arrostrar el conquistador no habría probabilidad de sacudir el yugo aborrecido en secreto, aunque

públicamente adorado. Mas después de entregarse sin ruido á estas esperanzas, se volvía pronto al temor, á la sumisión, con el recuerdo de una felicidad constante: á la sazón y sobre todo en público no se auguraban más que victorias, declarándose á Napoleón invencible y alzar tocado de locura; y si no se podían decir estas cosas á Napoleón, á menudo de difícil acceso, aunque siempre cortés, íbase á decirlos á Mr. de Basano, recién llegado á Dresde, y cuya vanidad saboreaba con delicia el incienso que Napoleón hallaba insípido; pero estas pomposas representaciones no eran más que un velo echado sobre una actividad política y militar incesante. Los mil correos que seguían á Napoleón le llevaban innumerables negocios, que despachaba de noche, cuando de día no le era posible.

Especialmente con el rey de Prusia, llamado también á esta cita y aún no llegado, tenía que tratar de cuestiones harto graves y delicadas. General y violento había venido á ser el clamor de los pueblos alemanes contra el paso de las tropas. Napoleón había contado, para alimentar sus ejércitos durante la marcha, con los ministros que Prusia se había comprometido á proporcionar á un precio dado. Pero no queriendo revelar la dirección de sus movimientos, no dijo de antemano qué camino seguirían sus tropas, y se hallaban reducidas á devorar á su tránsito las subsistencias de las poblaciones. Provisos siempre con antelación los soldados del mariscal Davout, acabados de salir los del mariscal Oudinot de sus manos, causaron menos perjuicios porque experimentaron menos necesidades. Al revés los del mariscal Ney y los del príncipe Eugenio, viniendo de más lejos, habiendo sufrido mucho y contando en sus filas á gran número de alemanes, se portaron malamente. Los wurtembergueses en el cuerpo del mariscal Ney, los bávaros en el cuerpo del príncipe Eugenio, excitaron gritos de dolor por el camino, cuidándose poco de ser merecedores de una reprobación que había de recaer sobre los franceses más que sobre ellos. Aún sobrevino otra circunstancia más grave. A pesar de poseer Napoleón á Stettin y Custrin junto al Óder y á Magdeburgo y Hamburgo junto al Elba, quería asimismo tener entrada en Spandau, especialmente á causa de Berlín, de cuya ciudad estaba muy cercana esta fortaleza. Le hacía también falta Pillau, que era la llave del Frische Haff, excelente mar interior, gracias al cual se podía ir por agua desde Dantzick á Koeningberg sin encontrar á los ingleses. Apenas se habló de estas plazas en el tratado de alianza, pero se dijo que Prusia no tendría en ellas más que veteranos y que Francia podría depositar dentro su material de guerra. A estas estipulaciones insidiosas se apeló para apoderarse de Pillau y Spandau.

Primeramente con el material fueron introducidos artilleros franceses para custodiarlo, y después batallones de infantería. Eso produjo la emoción más viva en Berlín, y toda la destreza de Mr. de Narbonne, que se ocupó en estos negocios antes de salir para Wilna, no bastó á tranquilizar al rey de Prusia y á Mr. de Hardenberg. Éstos reincidieron en sus terrores habituales. Ver quería el monarca á Napoleón á toda costa, mas siempre triste con sus infortunios, detestando las fiestas y el fausto, creyendo leer en todas las miradas una compasión ofensiva, hallándose mal en su casa y peor

en la ajena, hubiera querido recibir á Napoleón en Potsdam más bien que irle á llevar en medio de las pompas de Dresde sus temores, sus pesares y sus apremiantes cuestiones. Sin embargo, necesitando abocarse con él fuese donde fuese, á fin de que le tranquilizara relativamente á sus designios y de hacerle oír el grito de los pueblos, estaba resuelto á dirigirse á Dresde, si era absolutamente necesario, y envió cerca de Napoleón á Mr. de Hatzfeld para explicarse sobre este negocio. Mr. de Hatzfeld era aquel gran señor prusiano á quien Napoleón estuvo á punto de fusilar en 1806 y á quien después tuvo en singular estima y gracia (lo cual prueba, aun prescindiendo de otras razones más altas, que no conviene apresurarse á fusilar las gentes); iba á exponer las perplejidades de su soberano.

Napoleón le hizo muy buena acogida y tranquilizólo todo lo que pudo; mas no cuidándose de oír muy de cerca las quejas de los prusianos, ni de perder el tiempo en dar un largo rodeo, y sobre todo en completar la grande escena, que promovía en Dresde, con la presencia del rey de Prusia, previno que se le dijera que no podía ir á Potsdam por no cogerle al paso y que tenía muchas cosas de que hablarle en el mismo Dresde. Este deseo equivalía á un mandato, que inmediatamente fué transmitido al rey Federico Guillermo.

Al llegar á Dresde Mr. de Basano llevó otros asuntos no menos graves, ante todo la respuesta de Inglaterra al último mensaje pacífico de Francia, y además la relación de un paso muy singular y muy imprevisto dado por el príncipe Kourakín. Con menos arrogancia que de costumbre había recibido el ministerio inglés esta nueva proposición de paz, mostrándose como un gabinete á quien fatigaba la lucha y á quien había hecho incrédulo la experiencia. A pesar de los cambios operados en Europa, le bastara la adjudicación de Sicilia á los Borbones y la de Portugal á la casa de Braganza, si se añadiera á estas concesiones la restitución de la corona de España á Fernando VII, no porque el gabinete británico estimase mucho al prisionero de Valenzey, sino porque, prendado de los españoles el público de Londres, no quería abandonarlos de ningún modo. Había pues un principio de avenencia en los datos de las dos naciones, pero independientemente del obstáculo siempre entero y siempre insuperable de la corona de España, y el gabinete inglés no había aparentado creer que la proposición fuese formal, aun recibéndola más cortésmente que de costumbre.

Por lo demás esta respuesta de Inglaterra á nuestras aberturas no tenía más importancia que las aberturas mismas, pero el último paso del príncipe Kourakín afectó á Napoleón muy de otra manera. Constantemente atento á retardar las hostilidades hasta el mes de junio para dar lugar á que brotara la hierba y descansaran sus tropas junto al Vístula unos veinte días, no había cesado de recelar una súbita iniciativa de los rusos, á pesar de todas sus precauciones. Ahora bien; el paso del príncipe Kourakín era de índole propia á confirmarle en sus temores. Este príncipe, fastuoso y afable, muy adicto á la paz y habiendo trabajado sin tregua por conservarla, acababa no obstante de pedir sus pasaportes en vísperas de partir Mr. de Basano. Sus razones, que á la sazón era difícil averiguar, se reducían á las siguientes. Ante todo se le había negado la restitu-

ción del criado de la embajada comprometido en el asunto del oficial del ministerio de la Guerra: éste había sido juzgado, convicto y fusilado; el criado seguía preso: además no se creyeron dignas de ser discutidas las proposiciones llevadas por Mr. de Serdobín, á causa de que no quería explicarse, y de que la condición de retroceder hasta el Óder cuando menos desagradaba en altísimo grado. Susceptible el príncipe Kourakín, aunque conciliador de suyo, tomando estas negativas y este silencio por un desdén hacia su persona, creyendo que al punto á que habían llegado las cosas, estaría expuesto en París á tratamientos cada vez más humillantes, sin órdenes de su gobierno, solicitó sus pasaportes. Monsieur de Basano esforzóse en patentizarle toda la gravedad de semejante paso, le explicó la negativa á la restitución del criado con las inculpaciones que resultaban en su contra, la negativa á negociar sobre las bases llevadas por Mr. de Serdobín á causa de que la proposición de un movimiento retrógrado era inadmisiblemente, y así había logrado inclinarle á suspender ó retirar la demanda de sus pasaportes. Pero quedaba el hecho inexplicable de la demanda, y Napoleón estaba apegado á su plan de tal modo que la menor duda sobre su ejecución le llenaba de inquietudes. Sus tropas descansaban á orillas del Vístula desde los primeros días de mayo. Persistía en el proyecto de dejarlas allí hasta la aproximación del mes siguiente, de gastar luego quince días en trasladarlas á orillas del Niemen, y de empezar así las hostilidades á mediados de junio. Temiendo que Alejandro no se contuviese bastante desde que no tenía á Mr. de Lauristón á su lado, no contando mucho con la influencia de Mr. de Narbonne, después de los pasos ya dados, ordenó otro nuevo, para precaver el peligro que ocasionaba sus temores. Mr. de Lauristón se había quedado en San Petersburgo al modo que el príncipe Kourakín en París á la partida de los dos emperadores. Aunque tratado siempre Mr. de Lauristón con miramientos, no veía á nadie, á veces encontraba á Mr. de Saltikoff, que estaba encargado de las relaciones exteriores por ausencia del canciller, pero le encontraba para no decir ni oír cosa alguna. Napoleón le despachó el 20 de mayo una orden para que solicitara ir sin demora á Wilna, cerca de la persona del zar, con motivo de comunicaciones, que sólo á él ó á su canciller podían ser hechas; para que marchara á Wilna al punto, viera á Alejandro y á Mr. de Romanzoff, les instruyera de la demanda de pasaportes presentada por el príncipe Kourakín, clamara mucho sobre este paso hostil dado tan pronto, clamara asimismo sobre la proposición llevada por Mr. de Serdobín y cuya substancia era exigir por preliminar de toda negociación la evacuación inmediata de la Vieja Prusia (suposición exagerada, pues la evacuación debía de seguir y no de preceder á las negociaciones); declarara que en ninguna época, ni después de Austerlitz, ni después de Friedland, había impuesto el emperador al zar una condición tan deshonorosa, y por último se informara si resueltamente se quería la guerra, si se quería que fuese inevitable y violenta atentando contra el honor de un adversario que no contaba la debilidad entre sus defectos ni la humildad entre sus virtudes. Si Mr. de Lauristón no obtenía permiso para penetrar hasta donde se hallaba el emperador Alejandro, lo cual sería riguroso, pues un

embajador puede siempre solicitar aproximarse al soberano cerca del cual está acreditado, debía tomar sus pasaportes. Pero debiendo provocar estas comunicaciones enviadas á Wilna contestaciones á San Petersburgo, no podían menos de consumir tiempo, y como sólo se trataba de ganar quince ó veinte días, era de creer que se consiguiere el objeto. Si Mr. de Lauristón obtenía la venia para dirigirse á Wilna, le estaba ordenado que con sus ejercitados ojos de militar lo observase todo, y aun despachase diariamente correos bien elegidos al cuartel general francés, pues como Napoleón expresaba con fundamento, en la hora de hostilidades inminentes, en que todas las comunicaciones son más difíciles que después de rota la guerra, un correo entendido, que acaba de pasar por entre las avanzadas, es el mejor de los informantes.

Otros negocios llamaron además la atención de Napoleón en medio de las fiestas de Dresde, y en efecto bien tenían con que ocuparle Suecia y Turquía. De Estokolmo se acababan de recibir nuevas comunicaciones, que parecían emanadas del príncipe real, y eran de índole adecuada á dar á entender que sería fácil atraerle, y Napoleón, que no se figuraba hasta qué punto había penetrado en su corazón el odio, hasta qué punto la ambición de los suecos se había tornado de la Finlandia á la Noruega, y que por otra parte ignoraba el tratado secreto del 5 de abril, no dejaba de esperar una diversión operada por treinta ó cuarenta mil suecos sobre el flanco de los rusos. Así aguardaba impaciente á Mr. de Signeul, anunciado muchas veces, pero que no llegaba nunca.

Al parecer le prometían otra diversión no menos importante las noticias de Turquía. Éstas versaban sobre los sucesos que habían motivado el envío del almirante Tchitchakoff junto al bajo Danubio, esto es, sobre la negativa de los turcos á entrar en trato y sobre la renovación de las hostilidades contra los rusos. Además creyéndose los turcos engañados por todos, y queriendo á su vez engañarlos, no dijeron que al negar la Moldavia y la Valaquia, estuviesen prontos por amor á la paz á ceder la Besarabia, y á fin de comprometer á los franceses á entrar inmediatamente en campaña, les prometieron su alianza, que estaban determinados á no conceder nunca. Napoleón, que al dejar á París había nombrado embajador en Constantinopla al general Andreossy, personaje entendido y grave, hizo que se le despacharan instrucciones apremiantes, para celebrar sin demora la alianza con los turcos, anunciando que á la llegada de estas nuevas instrucciones, ya se habrían comenzado las hostilidades. Lisonjéose de consiguiente de que, llevando ya consigo á los austriacos y á los prusianos contra los rusos, también lograría echarles sobre los flancos á los suecos por una parte y á los turcos por otra.

Antes de engolfarse en las regiones septentrionales faltaba arreglar el grande asunto de Polonia, por cuyo motivo parecía empeñada esta guerra. Si alguna vez se ofreció ocasión oportuna para derogar el acto odioso é impolítico de la desmembración de la Polonia, que Federico el Grande tuvo la audacia de concebir, que María Teresa tuvo la debilidad de consentir, que Catalina tuvo la habilidad de proponer, era de seguro ésta en que uno de los más grandes capitanes de los tiempos mo-

ernos, no teniendo ya que contar con los copartícipes de Polonia, habiendo ya despojado á Prusia de la parte que le cupo entonces, y pudiendo indemnizar al Austria de la que aún le pertenecía, marchaba contra la Rusia al frente de seiscientos mil soldados. Una batalla semejante á las ganadas en los campos de Austerlitz, de Jena, de Friedland, debía bastar al parecer ahora. Así todos esperaban ver reconstituida la Polonia, y aun pensaban que este era el verdadero motivo que ponía una vez más á Napoleón las armas en la mano. Se engañaban, según esta narración ha debido probarlo; pero empujado á esta nueva guerra, por el doble impulso de su destino y de su carácter, y trasladándose más allá del Vístula y del Niemen, ¿qué cosa podía hacer mejor que reconstituir la Polonia? ¿Y á qué uso más noble había de destinar con efecto estas provincias que una guerra feliz le sometería muy pronto? Todo anunciaba al menos que iba á conquistar la Lithuania y la Volhynia, y podía comprar la Galitzia. ¿No era natural que las incorporase al gran ducado de Varsovia para constituirle en reino? Sin ser uno de aquellos políticos sistemáticos para quienes la restauración de la Polonia es el grande objeto á que deberían propender sin tregua las naciones de Europa, Napoleón, llevado de nuevo á luchar con Rusia, había admitido el proyecto de esta restauración como consecuencia natural de la guerra á que estaba á punto de lanzarse. Por desgracia, su buen sentido, que en estas empresas temerarias le perseguía como una especie de remordimiento, le permitía esperar muy poco el éxito de esta obra reparadora. Durante su primera campaña de 1807, halló entusiasmo en Posen, en Cracovia, en Varsovia sobre todo, y en algunas grandes ciudades, comunes focos de los sentimientos nacionales; pero en ninguna parte había notado aquel ímpetu universal é irresistible que pudiera hacer practicable una reconstitución nacional. ¡Y las cosas no habían mudado sensiblemente en 1812! Dividida estaba la alta nobleza, la pequeña arruinada, el pueblo trabajosamente ocupado en luchar contra la miseria, y en todo caso nadie contaba bastante por completo con el triunfo, para arrojarle en cuerpo y alma á la nueva empresa. Añádase, como circunstancia agravante, que el bloqueo continental, especialmente oneroso para Polonia, había adherido muy poco los intereses del país á la Francia, y enajenado enteramente á los judíos, que de tan gran provecho pudieran ser en una guerra á causa de sus recursos comerciales. Casi exclusivamente se hallaba el fervor de los sentimientos polacos en el ejército, parte del cual había lidiado junto á nosotros en Italia, en Alemania, en España, y cuya otra parte, formada bajo el príncipe Poniatowski, bien que siempre en nuestra escuela, había ganado prez el año de 1809 en la defensa del Gran Ducado. Efectivamente ambas estaban llenas de noble ardimiento. A cerca de treinta y seis mil hombres subía el cuerpo fiado al príncipe Poniatowski. Nueve ó diez mil se habían juntado en una división, que, bajo el mando del general Grandjeán, servía en el cuerpo del mariscal Davout, y un número casi igual en otra división, que, á las órdenes del general Girard, servía en el cuerpo de reserva del mariscal Víctor. Finalmente, con el título de legión del Vístula, llegaban de España tres excelentes regimientos, que Napoleón quería colocar en su guardia. Con algunos depósitos esparcidos en Dant-

zick, en Modlin, en Varsovia, y con muchos regimientos polacos, ascendía este ejército en totalidad á unos setenta mil hombres, dignos camaradas de los franceses, amándolos y siendo amados por ellos, y llevando hasta la rabia el odio á los rusos. Allí estaba la verdadera Polonia: también estaba en la grande y patriótica ciudad de Varsovia, y en otras dos ó tres ciudades del gran ducado, siendo muy fácil despertar su entusiasmo. Pero no se lisonjaba Napoleón de levantar á la nación por virtud de una conmoción general, súbita, eléctrica y que pudiera obrar prodigios, recordando el año de 1807, en que, á pesar de la novedad y del ímpetu de esperanzas á la sazón indefinidas, fueron tan escasas las resultas. No prometiéndose de los polacos todo lo que necesitara de ellos, no quería prometerles todo lo que pudieran apetecer, y, por ejemplo, no pensaba comprometerse á exigir de Rusia su restablecimiento en cuerpo de nación, sino en el caso de que le ayudasen á vencerla completamente. Contaba más que nada con la posibilidad de dar incremento al ejército polaco, de elevarlo á ciento cincuenta y quizá á doscientos mil hombres y de rehacer á la nación por tal medio. Esto era practicable sin duda, pues la valiente raza de los polacos aún podía suministrar en la pequeña nobleza excelentes oficiales, en el pueblo excelentes soldados y en número muy considerable, bien que bajo una condición á pesar de todo, la de suplir los gastos de esta organización por la arruinada Polonia. Para ello se necesitaba gastar cincuenta y aún quizá cien millones, reunir en un solo cuerpo á cuantos polacos hubiera en vez de diseminarlos en la inmensidad del ejército francés, y emplear toda una campaña en engrosarle con cien mil reclutas, sacados del Vístula al Niemen.

Por desgracia no era probable que, viniendo Napoleón desde tan lejos, se quisiera limitar al papel de instructor de los polacos y se aviniera además á destinar á este uso una parte de sus economías. No teniendo los poderosos recursos del crédito, no proporcionándose recursos rentísticos sino á fuerza de orden, necesitando alimentar á ejércitos inmensos, vino á ser casi avaro. Se le había visto negar á su hermano José sumas que facilitarían infinitamente la sumisión de España, quejarse acremente de Murat, de Jerónimo, de Luis, á causa de reglamentos de contabilidad, cuya importancia no parecía merecerlo, y se puede decir que era tan pródigo de la sangre de los pueblos como económico de su dinero, muy al cabo de que casi aman tanto la una como el otro. Dudoso era pues que hiciese por la reconstitución de Polonia el principal esfuerzo, el de gastar dinero, esfuerzo que fuera el más eficaz, pues, formado un ejército, casi se ha formado una nación.

Sin esperar Napoleón mucho de Polonia, se lisonjaba no obstante de que, al ruido de expedición tan vasta, acometida al parecer por ella sola, se podría excitar en su seno un patriótico empuje, y sacarla al menos hombres y dinero.

De consiguiente se hallaba resuelto á no perdonar manera de provocar semejante empuje, salvo una cosa á pesar de todo, la de comprometerse irrevocablemente en una lucha á muerte contra Rusia, á menos que la Polonia obrase maravillas, pues aun lanzándose á esta guerra, su buen sentido, tardo por desgracia, le decía ya, y tal vez demasiado, que no convenía hacerla impla-

cable. Se complacía en creer que un golpe brillante como el de Austerlitz, el de Jena, el de Friedland, pondría el emperador Alejandro á sus plantas, y podría proporcionarle la paz continental y marítima muy pronto. No temía, como se ha dicho algunas veces, la libertad de los polacos, porque la libertad empezaba ya á no meterle miedo después de sofocarla totalmente en Francia. Mas el compromiso de no firmar más que una paz triunfal, como se necesitara para obtener de Rusia y Austria el restablecimiento de la Polonia, no lo quería contraer con nadie, pues no lo había contraído con él la fortuna. Bajo el influjo de estas disposiciones algún tanto inciertas, y que desgraciadamente las podían producir semejantes en los polacos, resolvió elegir un hombre distinguido para enviarle con título de embajador á Varsovia, lo cual era sin duda una primera declaración harta explícita de que miraba el gran ducado de Varsovia como un nuevo Estado, no simplemente anejo á Sajonia, sino con propia existencia y en aptitud de llegar á ser el antiguo reino de Polonia. Este personaje debía dirigir á los polacos, impulsarlos á confederarse, á levantarse en masa, á reunirse en una dieta general y en dietinas, á duplicar, á triplicar el ejército del príncipe Poniatowski, á enviar á todas las provincias más antiguamente desmembradas de Polonia, como la Lithuania y la Volhynia, emisarios para excitarlas al mismo movimiento, aplazando no obstante estos procederés en Galitzia, á causa de que era menester contemplar como aliada á la corte de Viena. Este embajador, encargado de reconstituir la antigua Polonia, debía ser un personaje de nota, tan idóneo para inspirar cordura como osadía, capaz de adquirir un gran ascendiente, y cuyo solo nombre indicara la importancia de la empresa que debía dirigir por especial encargo. Para misión tan ardua pensó Napoleón en Mr. de Talleyrand, y aunque este personaje indolente y burlón no tuviese todo el calor que para tal papel se requería, estaba perfectamente elegido, pues prescindiendo de que durante su vida lo había sido todo, hasta revolucionario, y todavía podía serlo, tenía un arte para adular las pasiones, una destreza para manejarlas, una grandeza personal, que le hubieran hecho entonces el verdadero restaurador de Polonia, dado caso de que pudiera ser restaurada. A todas estas dotes añadía una inconveniencia que no debía ser desdeñada, y era la de figurar como confidente, como favorito hasta la infidelidad de la corte de Viena, y por tanto debía inquietar menos que otro alguno á esta corte en el desempeño de una misión delicada, especialmente por causa de ella. Mas por este mismo lado fracasó el proyecto, pues con una especie de impaciencia poco digna de él, cometió en Viena sobre este asunto, ora por darse importancia, ora por hacerse bienquisto, indiscreciones que desagradaron singularmente á Napoleón, despertaron en su ánimo nuevas desconfianzas, y le determinaron de esta suerte á privarse de un instrumento precioso. De consiguiente renunció á la idea de valerse de Mr. de Talleyrand, y llegado á Dresde, buscando alguien en su rededor á quien enviar á Varsovia, fijóse en un arzobispo, á causa de convenir bien un sacerdote á la católica Polonia. Este arzobispo fué el de Malinas, Mr. de Pradt. Difícil era escoger hombre que tuviese más talento y menos maña. Sin consecuencia, sin tacto, sin el arte de mo-

verse entre los partidos, sin ninguno de los conocimientos administrativos con que hubiera convenido ayudar á los polacos, solamente capaz de chispeantes agudezas, y además harto miedoso, no podía ofrecer más resultado que el de añadir á la confusión de un levantamiento patriótico la propia confusión de su talento. Pero Napoleón, muy restrictivo en elecciones de hombres para destinarlos á un país libre, hallando á la mano á Mr. de Pradt, por haber llevado consigo su limosnería, llamó á este prelado de pronto, le anunció su misión, y trazóle el giro y el objeto de ella en tono breve é imperioso, si bien con una sinceridad perfecta. Le dijo que iba á procurar reducir á menos grandeza, á menos ambición, á menos soberbia, al coloso ruso, aunque sin la pretensión de destruirle. Con tales designios era cosa indicada rehacer la Polonia, pero bajo condición de que la Polonia concurriera vigorosamente á rehacerse por sí misma, y le suministrara los medios de vencer á Rusia, de vencerla bastante por completo para que se viese obligada á consentir en empresa semejante. Por qué medios lograría batir á una potencia que tenía por refugio la inmensidad del espacio, y que no perdía gran cosa en abandonar territorio, pues era territorio sin cultivo y sin habitantes, ni tenía que decirlo, ni aun se había fijado definitivamente en la manera de llevarlo á remate. Quizá descargaría un golpe tremendo y acabaría la guerra dentro de algunos meses. Mas esto no era posible si el enemigo no aparecía bastante cerca para herirle en el corazón. Si la suerte se presentaba menos propicia, se establecería en los límites de la Vieja Polonia, se ocuparía en organizarla, le pediría doscientos ó trescientos mil hombres, les agregaría cien mil de los suyos, y les dejaría el cuidado de apurar la constancia y los recursos de Rusia. En ambos casos, y especialmente en el postrero, había necesidad de que la Polonia mostrase un grande empuje, que diese su sangre con abundancia, pues sólo con la suya no podía Francia volverla á la vida. Además de mucho empuje se necesitaba mucha prudencia respecto del Austria, propietaria de la Galitzia, y no bien dispuesta á desprenderse de ella, portarse de consiguiente con tanta cordura como audacia, de modo que no se hiciera fracasar la empresa á los principios. Mas se necesitaba sobre todo de entera adhesión por parte de Polonia, pues los esfuerzos que él hiciera por ella siempre serían proporcionados á los que ella hiciera por sí misma. Partid, señor arzobispo, añadió Napoleón, partid sin demora, gastad mucho, animad á todos los corazones, haced que Polonia se ponga á caballo sin indisponerme con Austria, y habréis comprendido y desempeñado vuestra comisión perfectamente. Dicho esto, despidió al arzobispo sin dejarle tiempo de alegar objeciones, que no pensaba en oponer á la verdad, aunque después haya hecho alarde de lo contrario. Partió el arzobispo, asustado y desvanecido á la vez por su tarea, pues tenía ambición de ser en su tiempo uno de los grandes políticos de que el clero suministró en otros días modelos tan importantes; pero carecía de la paciencia y del valor que reclamaban los papeles que tomaba á cargo, y no bien los empezaba, le acometía el disgusto y el miedo. Se le anunciaron ricas dotaciones, y se le previno que inmediatamente se pusiera en camino para Varsovia. Su nombramiento fué tan repentino que no

tenía á su disposición ninguna de las cosas indispensables para dar brillo á una embajada: tomó dinero prestado, tomó servidumbre, secretarios, y se encaminó á su destino.

Oportunísima era para las dificultades del momento la orden que se le había dado de contemplar á Austria al par que trabajaba por exaltar el espíritu de los polacos. Efectivamente Austria, que se tenía entonces bajo la mano, hallándose en Dresde el emperador y su primer ministro, no se mostraba anhelante por concurrir á la reconstitución de la Polonia. Sin embargo, en su interés estaba, y quizá por primera y última vez era posible la tal empresa: además Prusia y Rusia habían perdido y debían perder más que ella en territorio, y al cabo la Iliria era una buena compensación por la Galitzia. Pero oprimida por Napoleón entonces, natural era que Austria pensase muy poco en crearse barreras contra Rusia: por otra parte desconfiaba de la compensación que se le destinaba. Con efecto, Napoleón que la hacía esperar la Iliria, podría muy bien tomar la Galitzia, y luego no restituirla en Iliria más que pedazos que distasen mucho de indemnizarla. Tan maltratada había quedado en los ajustes del siglo, sobre todo cuando Napoleón fué autor de ellos, que no tenía el menor deseo de verse en el caso de tratar con él nuevamente sobre cuestiones de territorio. Así sobre este asunto su lenguaje era frío, evasivo, dilatorio, y conociendo Napoleón que muy pronto la iba á tener á su flanco y á su espalda, la prodigaba contemplaciones, y todo lo aguardaba de una deidad, de la cual tenía costumbre de aguardarlo todo, la victoria.

Ya había dedicado Napoleón unos quince días á estos diversos negocios, y se disponía á partir cuando el rey de Prusia, después de acelerar sus preparativos de viaje, apareció en Dresde, para completar allí la afluencia de cortesanos con corona. Su llegada fué el 26 de mayo, y se le recibió con los miramientos debidos á su carácter, respetable, aunque falseado por una dura necesidad, y á su categoría, muy elevada aún entre los reyes, á pesar de los infortunios de Prusia.

Con sinceridad le habló Napoleón de sus proyectos, entre los cuales no entraba la destrucción de Prusia de ningún modo, aunque se dijese así en Berlín y en toda Alemania, destrucción, sin embargo, que sería un hecho al instante, si tenía la razón más leve para desconfiar de una potencia, cuyo territorio era la base indispensable de sus operaciones. Sobre este punto llegó á tranquilizar á Federico Guillermo y á su canciller Mr. de Hardenberg, y á persuadirles de que la ocupación de Spandau, de Pillau, era consecuencia, no de una segunda intención, sino de una prudencia naturalísima al aventurarse tan lejos y por entre poblaciones tan trabajadas por el espíritu más hostil: se excusó de los males causados á los súbditos del rey, alegando la urgencia y la necesidad, y consintiendo en que figuraran en la cuenta abierta con Prusia todos los suministros arrancados á los habitantes por los cuerpos en marcha; finalmente, prometió al rey y á su ministro una amplia compensación territorial, si la guerra era venturosa. Así y todo, á pesar de la claridad de su lenguaje, tan lleno de franqueza como de altanería, no logró dar al rey ni al ministro aquella seguridad completa de que necesitaban para ser sinceros, y que por otra parte no podía inspirar un conquistador

tan ejecutivo y versátil en sus proyectos que, desde su aparición en el mundo, imponía cada año una nueva faz al continente europeo. Sin embargo, el rey Federico Guillermo, que había determinado retirarse á Silesia, para no estar en Potsdam bajo el cañón de Spandau, ni en Berlín bajo la autoridad de un gobernador francés, consintió en no abandonar su real morada, á fin de mostrar una confianza en su aliado que debía influir de un modo favorable sobre el espíritu de los pueblos. El rey presentó á Napoleón su hijo, se le ofreció como ayudante de campo, y pareció menos triste que de costumbre, aunque rodeado, en esta prodigiosa asamblea de príncipes, de menos atenciones que las que merecía y que el mismo Napoleón le dedicaba. Reyes ó pueblos, los hombres se muestran poco generosos respecto del infortunio, y no tributan homenaje más que á la fuerza, á la gloria, al fausto. Les conmueve como un espectáculo la desventura desgarradora, y la triste y discreta les halla fríos, indiferentes y solícitos por evitarla. No otro era el presente caso, y tal príncipe, de los que se habían vendido á Napoleón por territorios, hallaba mal que Federico Guillermo hubiera abrazado la alianza de Francia por salvar los restos de su corona. Con todo, manifestábase mesura, estando ante un señor temible, que no hubiera consentido ninguna inconveniencia á su vista. Se limitaba todo á descuidar el infortunio y á sacrificar ante la fortuna, en medio de un tumulto inaudito de idas y venidas, de fiestas y prosternaciones, á las cuales, para completar esta escena extraña, no faltaban ni los votos secretos contra el que era objeto de todos los homenajes, ni los cuchicheos, secretísimos de igual modo, sobre los peligros á que se iba á exponer muy en breve.

A su fin tocaba el mes de mayo, iba á comenzar la estación de las operaciones militares, y convenía poner término á esta representación, que se prolongara inútilmente, habiendo ya producido todo el efecto político que se podía esperar de ella. Además Mr. de Narbonne acababa de llegar de Wilna tras el desempeño de la misión que le fué confiada cerca del emperador Alejandro. De allí traía el convencimiento de lo inevitable de la guerra, á no ser que se renunciase á las exigencias impuestas relativamente á la cuestión mercantil, y que se prometiese la evacuación de los Estados prusianos dentro de un plazo muy breve. Afirmaba que, triste pero resuelto, sostendría el emperador obstinadamente la lucha y se retiraría si era forzoso á las profundidades de su imperio, más bien que concluir una paz de esclavo, como hasta el presente la habían concluido todos los monarcas de Europa; y que de consiguiente había que aguardar una guerra seria, probablemente larga, y de seguro muy sangrienta. Por lo demás afirmaba que el emperador Alejandro no tomaría la iniciativa de las hostilidades. Aunque, según se acercaba Napoleón á la dificultad, conociera mejor su magnitud, nada había en los informes de Mr. de Narbonne, capaz de hacerle variar de designio. A la sazón todavía rebosaba de esperanza respecto de la Puerta y de Suecia; parecía satisfecho de la sumisión de los príncipes germánicos, y especialmente de los dos principales, el emperador de Austria y el rey de Prusia. Engañado, á pesar de su sagacidad profunda, por la aparente deferencia de estos soberanos, grandes y pequeños, por sus protestas de adhesión, por la afluencia de los mismos pueblos, á quienes una ar-

diente curiosidad había atraído á su paso, creía que todo lo seguiría avasallando en el continente y que concurrirían á sus miras las fuerzas reunidas de Europa. Sólo una cosa le sorprendía, sin embarazarle á pesar de todo, y era la resolución de Alejandro, que no esperaba hallar tan constante y tan firme como se le pintaba; pero se lisonjaba de desvanecerse muy pronto con algún gran golpe descargado sobre el ejército ruso. A mayor abundamiento, de cuanto le significó Mr. de Narbonne, lo único que le interesaba de lleno era la declaración reiterada de Alejandro de que la agresión no sería suya y de que, antes de que obrara, dejaría violar su frontera. Esta declaración daba á Napoleón una seguridad completa respecto de la terminación pacífica de sus movimientos preparatorios, y por tanto ya no abrigaba la menor duda sobre tener todo el tiempo necesario para moverse del Vístula al Niemen. Mas juzgó ser llegado el momento de la partida, por necesitar desde el 1.º al 15 de junio para trasladar su ejército de un río á otro, sobre todo no queriendo marchar precipitadamente. Decidió, pues, salir de Dresde el 29 de mayo, para dirigirse al Niemen por Posen, Thorn, Dantzick y Königsberg. Después de colmar á su suegro de contemplaciones filiales del todo, á su suegra de exquisitas atenciones y de magníficos regalos, y de reducir á menuda la conocida mala voluntad de esta princesa á una inconsecuencia risible; después de dar testimonio de los miramientos más cabales al rey de Prusia, de la más cordial amistad á su huésped, el rey de Sajonia, y de una cortesía altanera, si bien grata, á sus reales visitantes, abrazó á la emperatriz con emoción, y la dejó más afligida que se pudiera suponer de una esposa que la política había elegido, pero que se enamoró pronto de la persona, del poderío, y de la extremada bondad con que la trataba su glorioso consorte. Se convino en que iría á vivir á Praga, al seno de su familia, á olvidar entre fiestas, homenajes y recuerdos de infancia, esta primera separación, que entonces no parecía capaz de soportar por largo tiempo.

Después de estas despedidas, abandonando Napoleón á la emperatriz las pompas de la corte, tomando para sí una comitiva esencialmente militar, haciendo que le siguieran MM. de Caulaincourt, Berthier, Duroc, dejando en Dresde á MM. de Basano y Daru con el fin de que terminaran algunos negocios, salió para Posen el 29 de mayo, divulgando el rumor de que iría á Varsovia, sin pensar en ello de ningún modo. Efectivamente no quería contraer compromisos personales con los polacos hasta saber lo que podía conseguir de ellos; pero quería dejarles esperanzas indefinidas, y persuadir al mismo tiempo al enemigo de que sus primeros esfuerzos se dirigirían sobre Valhynia, mientras pensaba dirigirlos de manera diametralmente opuesta.

Llegado á Glogau y luego á Posen halló en todas partes la huella reciente de los sufrimientos que sus tropas habían causado á las poblaciones. Resignándose respecto de los que habían experimentado los prusianos, mostróse menos indiferente respecto de los sufridos por los polacos, necesitando excitar su celo y no su odio. En Thorn se sublevó él mismo contra los excesos cometidos por los wurtembergueses, los bávaros y en general los alemanes que menos blandos que los franceses y achacando la culpa de la presente guerra á los pola-